EN EL ALBUM DEL ILMO.

SENOR DOCTOR

Don Atenógenes Silva,

OBISPO DE COLIMA.

PASTOR dignísimo, que lleno del espíritu de Dios, enseñas con palabra conmovedora y tierna, y con tu ejemplar conducta que revela santidad, la sublime doctrina del Crucificado, que ha civilizado al mundo, marcando rumbo fijo á la inteligencia y dominando las tempestades del corazón; distinguido orador y literato insigne, que en alas de tu genio y poderosas facultades, te has elevado, proporcionando satisfacción á tu conciencia y días de gloria al suelo que te vió nacer; hijo modelo, hermano amante y fiel, que en el seno de tu privilegiado hogar, eres el alma de los seres que lo habitan, compartiendo con éllos tus inocentes goces y enjugando su amargo llanto; ciudadano meritísimo, que incesantemente trabajas por el triunfo de la fé, áncora de la verdad, y por la observancia de la moral más pura, firme sostén de los pueblos amenazados de naufragio, anhelando que por estos medios, únicos eficaces, nuestra Patria sea verdaderamente feliz; maestro, sabio eminente, que consagraste los mejores días de tu existencia, guiado por el espíritu de caridad, á formar de tus discípulos miembros útiles á la sociedad en que viven, asegurando así la dicha de las generaciones que vendrán; amigo leal y generoso, que igualmente estrechas la mano del potentado que la del indigente: recibe en estas líneas el sincero testimonio de mi admiración y respeto.

Lic. David Gutiérrez Allende.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR

OBISPO DE COLIMA, DR.

DON ATENOGENES SILVA,

EN SUS BODAS DE PLATA.

GRAS un sol que apenas en Oriente,
Difundiendo su luz aparecía,
Cuando ya de la Fama ángel potente
Por doquiera tu nombre repetía.
"De la ciudad donde el Excelso habita,
Venturoso, y con santo regocijo,
Va á descender á manos de un levita,
Circundado de arcángeles el HIJO."
"Y ese levita, de virtud modelo,
Y en el saber gigante entre gigantes,
De pecadores va á llenar el cielo,
Y de acciones la tierra azás brillantes."
Recorriendo la vóbeda celeste
El ángel bello, de diadema de oro,
De grandes alas y de blanca veste,
Así clamaba con hablar sonoro.
Y sus voces el Eco repetía,
Y él, cruzando veloz el raudo viento,
Iba á otro sitio, y á cantar volvía
Tus alabanzas con robusto acento.

Sin pesares entonces, de mi vida
Me encontraba en la alegre primavera,
Y adoraba la gloria apetecida,
Esa hermosa y dulcísima quimera.
Y anhelaba encontrar en mi camino
A ese varón, conjunto de bondades,
Cuyo hermoso futuro, y gran destino
Anunciaba la Fama en las ciudades.
Y mis oídos escuchar un día
Lograron de tus labios elocuente,
Sabia lección que, embelesada, oía
Juventud entusiasta, inteligente.
Te ví después en la ciudad hermosa,
Y de calles alegres y alongadas,
Y do se alza basílica grandiosa
En medio de simpáticas moradas.
Con la veste sagrada, arrodillado
Al pié del trono del Señor Inmenso
Ya cubrías del templo venerado
Las vóbedas con humo del incienso;
O ya de pié junto á la sacra fuente
Do su primer delito lava el hombre,
El cielo ofrecías al inocente,
De la Suprema Trinidad en nombre.
Otras veces tu mano bendecía
El nuevo hogar formado por Amor;
Y donde llanto y sufrimiento había
Tú te encontrabas, genio bienhechor!
Es tan grata por eso tu memoria
En aquella ciudad afortunada;
Por eso cifra Zapotlán su gloria
En ser de tí la población amada.
Lo sabes azás bien. No hay corazones
En el felice pueblo josefino
Que no te amen sinceros.... No abandones
A aquese pueblo en tu triunfal camino.
Pastor hoy tú de grey afortunada,
Apoyado en el báculo bendito,
Vas haciendo, jornada por jornada,
El gran viaje á do mora el Infinito.
Y tu pueblo te sigue. Si levanta
Tempestades el ángel de tinieblas,
Enarbolas sereno la cruz santa,
Y huyen las nubes y las densas nieblas.

Si cansancio, fatiga y desaliento
Siente tu grey en el camino, y pena,
El místico maná por alimento
Le das, y marcha de esperanza llena.
No fueron no, ni falsos, y ni vanos
Los vaticinios que la Fama hiciera
Cuando ibas á tener entre tus manos
Al Rey del cielo por la vez primera.
Cinco lustros completos ya de lucha
Por la bandera del Calvario llevas,
Y aun te esperan combates, gloria mucha,
Y nuevos triunfos y victorias nuevas.
Los Césares romanos, victoriosos,
A la ciudad que de Quirino fué
Tornaban con vencidos numerosos
Que el carro triunfal seguían á pié.
Tú llegarás á la ciudad divina
Seguido de las almas venturosas
Que con tu voz, tu ejemplo y tu doctrina,
De Dios hiciste cándidas esposas.

Lic. Francisco Galindo Torres.